GRACIELA SARALEGUI

SOMBRAS SIN SUEÑO



MONTEVIDEO
1953


U862.4 S243s

1424091

GRACIELA SARALEGUI

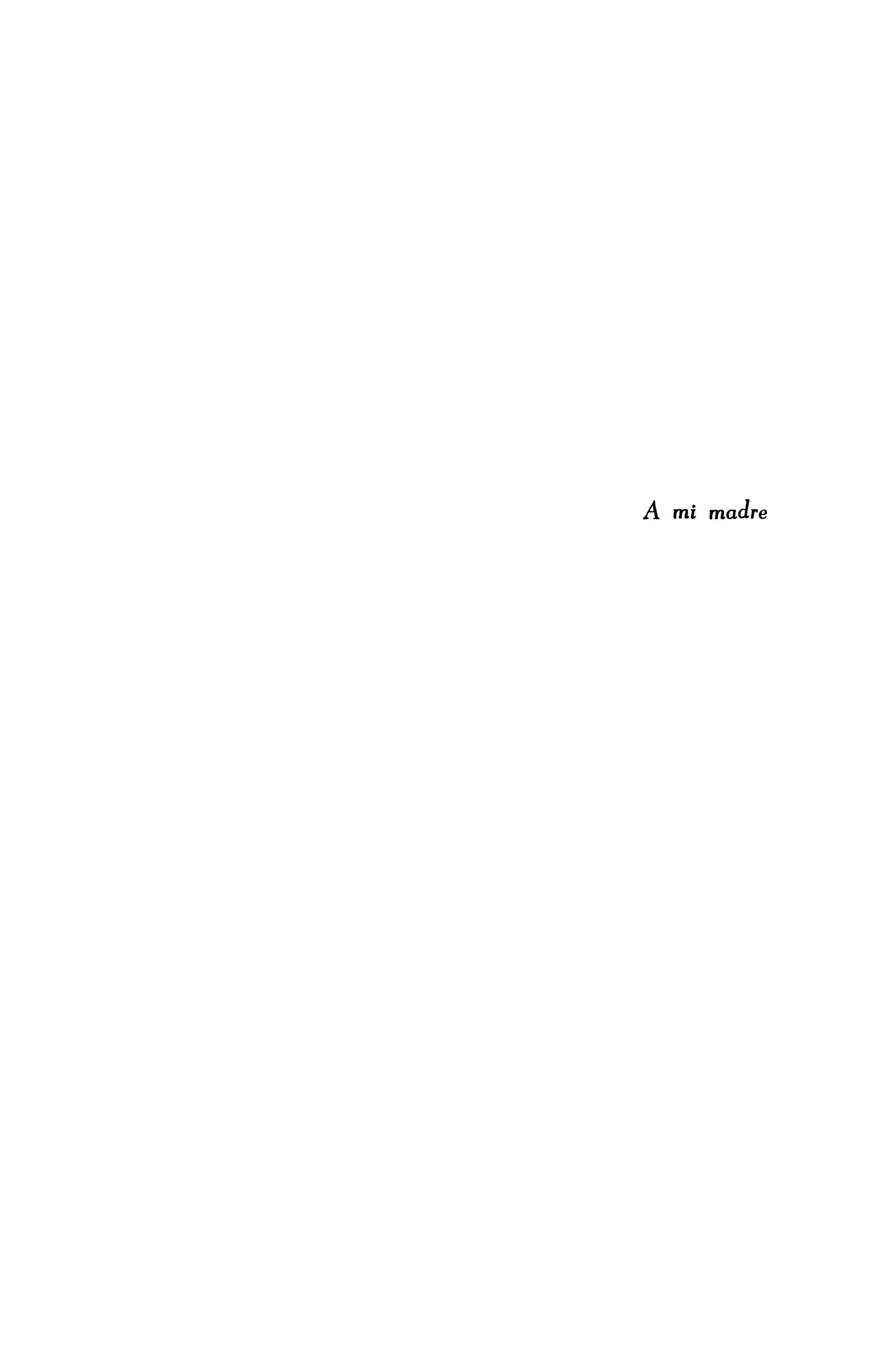
SOMBRAS SIN SUEÑO

Viñetas de AYAX BARNES



MONTEVIDEO
1953

Queda hecho el depósito que exige la ley.
Todos los derechos están reservados para el autor.

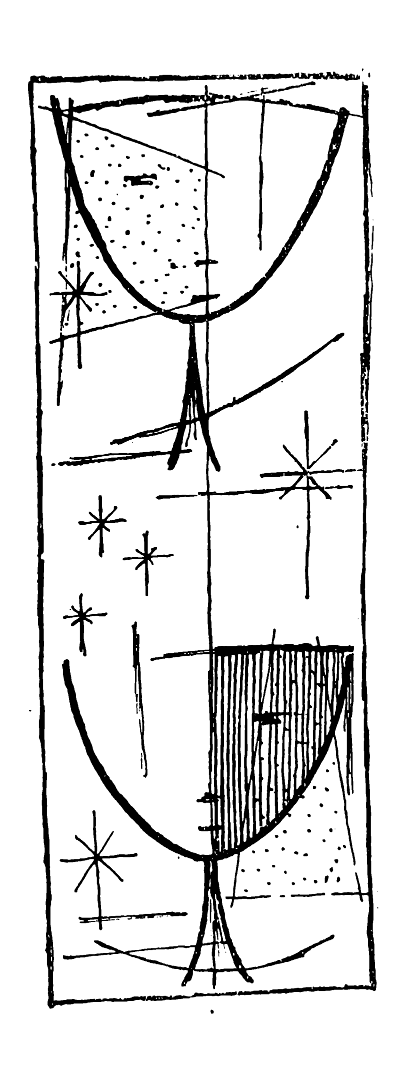


A mi madre

"Las personas que no conocen el dolor son como Iglesias sin bendecir".

LUIS ROSALES

La Muerte y la Luna



LA MUERTE Y LA LUNA

ANTE-PROLOGO

PERSONAJES:

Niña Rosa
Niña Azul
Niña Amarilla

(Fondo musical: Romance Pastoril de "Dafnis y Cloe" de Ravel.)

Noche de tinieblas. De inviolable silencio. Una estrella, como labio suspendido del cielo mancha la oscuridad. Abriendo zanjas de luz sobre las sombras, surgen tres niñas descalzas, alzando en sus manos, rubias antorchas de fuego. Una viste de rosado, otra de alucema, otra de amarillo. Dos son morenas. Una es de trigo. Cabellos largos, lacios, cubiertos por un chal de finísimo tul negro que baja hasta la cintura. Una música tiembla las ramas de los árboles, que hundidos en la noche, son las brujas del monte. Las niñas al llegar al borde del escenario, marcan al público con las antorchas, exclamando a la vez:

NIÑAS

Derribados los sueños,
despertaste...
¡y nunca más acabará tu llanto!

Aumentan el silencio y la negrura. La Niña Azul iluminando un trozo de papel chamuscado, lee con una voz que puede ser la música de un ave:

NIÑA AZUL

"Esta trágica leyenda sucedió
sobre el Monte de los Sueños,
junto al Arroyo Amargo.
Lugar que hoy sólo quedan unas
brasas, a raíz del incendio
provocado por la extraña caída
de una estrella."

Nuevamente el silencio se ha volcado en el público. La noche que aún vive detrás de las niñas se ilumina un instante, sólo un instante, ¡con la extraña caída de la estrella! Parten las tres, corriendo horrorizadas, encendiendo al huír, con el resplandor de las antorchas, una habitación de inmensos ventanales, donde una abuela sueña con sus nietos.

PROLOGO

PERSONAJES:

Abuela
Nieto de Trigo
Nieto Moreno
Nietos

(Fondo musical: "La niña de los cabellos de lino" de Debussy.)

A la izquierda del escenario, una pequeña habitación con paredes de piedra y grandes ventanales de cristal, por donde una luna quebrándose en los vidrios, ilumina la chimenea con un grito de fuego en la garganta. Un sillón tan antiguo que parece una rueca. En él está la abuela, de cabellos tan blancos como lluvia. A sus pies, dos pequeños: uno rubio de trigo, otro moreno en noche. Tres más, sobre la alfombra de madre - selva y trébol, arriman leños para aumentar el fuego que crepita, como si fuese un ruido necesario.

ABUELA. — (Dejando la mirada en cada uno)
Hoy que en la noche, el grito
de la estrella más alta,
descendió como potro
de nieve ensangrentada,
les contaré una historia...
ni sé como llamarla...

NIETO DE TRIGO. — ¿Es el del viejo blanco
que tiene azul la barba?

NIETO MORENO. — ¿Es el de los enanos
que mueven la montaña?

ABUELA. — Es un cuento de luna
y estrellas, que lejanas,
sobre mares de niebla

naufragaron las almas...

NIETOS (cantando). — ¡Arroyos en la luna
y estrellas en el agua!

ABUELA. — ...y hoy que viene la noche
gateando entre las plantas,
y el rumor de los ríos
detiene las tonadas,
escuchad la dulzura
de esta leyenda amarga,
donde luna y estrellas
se quedaron sin almas...

NIETOS (cantando). — ¡Llanto de luna enferma
y estrellas como lágrimas!

La abuela recoge un libro de cuero envejecido que está sobre la estufa, y sentándose en su sillón antiguo como una rueca, comienza a leerles en voz alta. Detrás de la ventana, la luna martiriza al fuego que enrojece.

ABUELA. — En una luna de sombras
duerme Silencio y un Rancho.
De los techos de totora,
sobre potrillo de barro,
parte le muerte cubierta
con luceros de presagios.
Las Madre-selvas, hincadas,
rezan fragancia de campo.
Una retama amarilla
pasa la noche llorando.
El viento, arando las ramas,
cruza vestido de espanto.
Las ventanas, afiebradas,
tiñen de sangre sus labios,
que el Sol, Don Juan de Oro Rojo,
no ha conseguido besarlos.
Grises torrentes de garzas

atravesaron el patio,
y en ese instante preciso,
tendió la muerte su brazo!

Se detuvieron las alas.

El fuego se volvió blanco.

Y las plumas como flores,
nacieron flores de llanto,
abriendo rostros de escarcha
en la quietud de los campos.

Escuchen... ¿sienten?... Silencio...

Huyen las garzas, rezando,
en religiosa tropilla
de suspiros amarrados...

Pero no siempre las aves
atravesaron el llano,
sin un timón en el viento,
como veletas rodando...

Hubo un tiempo, en que sus alas
eran las velas del barco
que con destino, surcaba
los mares del aire claro.

No hace mucho, las ventanas
guardaron sol en los labios,
y la retama amarilla
pasó la noche soñando...

Una mañana de luces,
amordazada de campo,
amaneció una pequeña
con un vestido tan blanco
que era de niebla y rocío.
Trenzas de rubio incendiado,
que confundí con la fruta
madura de los naranjos.

La llamaban Aromita,
y tenía los ojos claros,

como pedazos azules
de las violetas del lago.
...¡Oigan... silencio... la brisa
juega en la luz de su canto...!

CUADRO I

PERSONAJES:

Aromita (la niña)
Hermana Gris (la hermana)

(Fondo músical: Romance Pastoril de "Dafnis y Cloe" de Ravel.)

Al terminar el prólogo se apaga la escena, iluminándose lentamente el resto del escenario. Rancho pequeño sobre un trecho de tierra endurecida. Ventanas cubiertas de madre-selvas. Una retama en flor. Arbustos verdes. Verbenas, macachines y violetas salpicando la hierba y el rocío. A la derecha corre un camino angosto, terminando en un monte y un arroyo sereno. El sollozo de un grillo intermitente, eterno, como en son de protesta contra el hombre. Está todo de noche. Además de la luna tiemblan muchas estrellas. Arrodillada en el pasto, una niña enteramente blanca, blanco el traje, las manos, la sonrisa, se dirige a la estrella que está inmóvil.

AROMITA. — "Estrella que me iluminas
con los ojos afiebrados,
haz que esta noche, mi sueño
sueñe al que siempre ha soñado.
¡Que sea grande, fuerte, altivo!
¡Que tenga luz en los labios,
para poblarme las sombras
de mi vivir solitario!
¡Que...!"

Por la puerta del rancho aparece la Hermana, nublada como un presagio, huidiza como una sombra. Mueve la cabeza con desaprobación, cariño, reproche. Viste un traje muy gris. Un rostro pálido y un cansado silencio en la mirada.

HERMANA GRIS. — ¡Aromita, no seas niña...
sólo tendrás desengaños!

AROMITA. — Hermana... déjame sola.
¿Por qué me sigues mirando?
¡La estrella nunca contesta
cuando te siente a mi lado!

HERMANA GRIS. — Pero Aromita del alma,
desde la Misa de Gallo
que rezando a las estrellas
ninguna te ha contestado.

AROMITA. — Aún quedan tantas, que tengo
para rezar muchos años.
"Estrella que me iluminas
con los ojos afiebrados..."
¡Mira hermana! ¿Ves la estrella?
¡Esa! ¡La que te señalo!
¡Recién bajó la cabeza
haciendo así, con la mano!

Aromita se aleja por el sendero. La hermana la contempla. Luego las dos comienzan a monologar dirigiéndose a la misma estrella, sin oírse la una a la otra.

HERMANA GRIS. — ¡Pobre mi niña! ...tan niña
que espera eternos milagros...
"Estrella la de los picos
afilados como labios...
¿eres la misma de entonces?
¿la que siempre caminando
contra mi sombra, bebióse
mi noche loca de pájaros?"

AROMITA. — "Estrella la de los picos
suaves como los remansos...
¡Caminarás con mi sombra
hasta asombrarla de blanco,
borrando sombra en mi noche
loca, invadida de pájaros!

Muy lentamente, acompañadas del ritmo de la música que apenas es un murmullo, aparecen las Niñas entre los árboles, dibujando figuras con las antorchas y las sombras. Escuchan en un suave movimiento, el contrapunto insospechado de las hermanas.

HERMANA GRIS. — Como ella soñé mi sueño.
Tardes y tardes rezando
silenciosos Padrenuestros
de rodillas en el pasto...

AROMITA. — Sueño despierta, mi sueño
Sueño dormida, esperando
que le ilumines el sueño
al que me vive soñando...

HERMANA GRIS. — Realizaste mi alto sueño,
pero nació, despertando,
hasta clavarme en el alma
las agujas de los cardos...

AROMITA. — ¡Que me amanezca de flores
antes que parta el verano!
¡Me vuelva Monte de Estrellas!
¡Me vuelva Arroyo de Pastos!

HERMANA GRIS. — Cuando era como Aromita
tenía los ojos tan claros,
que en el valle me pusieron
"La de los ojos de lagos".
Sin embargo, con el tiempo se me
fueron enturbiando,
¡y hoy en el valle murmuran
que son de Mar Agraviado!

AROMITA. — El potrillito del viento
lleva mi voz a tu lado,
para que sientas mi acento
en la oración que te mando!

HERMANA GRIS. — Y no fueron solamente
mis pupilas que cambiaron.
Cuando aquella tardecita
partió mi amor, enredando
su cabello hecho de sombras
en la flor de los damascos,
se perfumó todo el bosque
hasta ocultarme sus pasos.

AROMITA. — ¡Y mi acento es como el humo
que se diluye en retazos
vaporosos como nubes,
y como nubes... soñando...

HERMANA GRIS. — ¡Y cuando tú te asomaste
por la frente de los álamos,
sobre tu rostro de escarcha,
se fué clavando mi llanto!

AROMITA. — Quizá mis ojos cansados
sólo distinguen el llanto
que amanecido en tus picos
me va juntando las manos...

HERMANA GRIS. — Entonces, ¡quise llamarte!
Enmudecí, como un árbol.
Sentí la tierra en los ojos.
Mojé la noche en los labios.

AROMITA. — Mis sonrisas de agua fresca
como arroyos desbordados,
irán cubriendo la angustia
de tu silencio afelpado...

HERMANA GRIS. — Me desperté. Amanecía...
Dije del sueño: ¡qué amargo!
acordándome de aquella

tardecita de verano,
la que en tus picos azules
había quedado mi llanto...

AROMITA. — Estrella que me iluminas
con los ojos afiebrados,
¡dame tu mano de nube,
que espero el sueño más blanco!

HERMANA GRIS. — ¡Aromita me besaba!
¡Ña Pico estaba a mi lado
con un manojo de hierbas
y unas espinas de cardos!
Que me cuidara de veras,
porque el corazón, callado,
juega a la vez con la vida
y con la muerte en sus brazos.

AROMITA (Sorprendida). — ¡Pero Hermana, ¿es con la estrella
que estás así conversando?

HERMANA GRIS. — Hablaba sí, con la estrella...
y le estaba recordando...

AROMITA. — ¿Tú, le hablabas con palabras?
¿Tú, que no crees en milagros?

HERMANA GRIS. — Tienes razón, Aromita,
sólo contemplaba el raro
resplandor de sus temblores
que me parecen presagios...

AROMITA. — ¡Es cierto! ¡Mira! ¡Esa estrella
acudirá a mis llamados!

HERMANA GRIS. — ¡Aromita! ¡No le reces
Padrenuestros en el pasto!

¡ay!... qué dolor en el pecho...
...Aromita... me desmayo...

AROMITA (Sosteniéndola). — ¿Sientes de nuevo en el alma
la mordedura de un pájaro?
¡Ña Pico! ¡Venga enseguida!
¡Ña Pico! ¡Que se va ahogando!
¡Y ya sus ojos azules
se van nublando... nublando...

HERMANA GRIS. — Estrella blanca... te ruego...
no quiero verla llorando...

AROMITA. — ¡Estrellita! ¡Dime! ¡Dime
lo que ignoro de hace tanto!
¡Dime! ¡Dime quién te ha puesto
de negro, tus picos blancos!

La estrella se ha ido oscureciendo hasta confundirse con las sombras. Las Niñas que han permanecido en la escena, al ver el cambio de la estrella, huyen corriendo.

FIN DEL CUADRO I

CUADRO II

PERSONAJES:

Aromita (la niña)
Ña Pico (curandera del monte)
Abuela
Nietos

(Fondo musical: 1ª parte: Romance pastoril de "Dafnis y Cloe" de Ravel.)

(2ª parte: "La Niña de los cabellos de lino" de Debussy.)

El mismo escenario anterior, con el fogón encendido. Aparece Aromita por la puerta del rancho, sentándose sobre un tronco junto al fuego. Un tronco retorcido como un hombre que sufre. La estrella, que de nuevo está blanca, sigue sobre su rostro.

AROMITA. — Tembló dos veces los ojos
como si fuera a cerrarlos...
Dos veces dentro del pecho
Ña Pico busca un llamado
con un manojo de hierbas
y un abanico de cardos.

(Se incorpora hablándole a las flores)

Madre - selvas, mis amigas,
¿están por ella rezando?
¡Vieja retama amarilla,
¿siguen tus flores llorando?
Estrella que me iluminas
con tu mirar afiebrado,
parte mi sueño en tu sueño
de lo que nunca he soñado,
para que pueda mi hermana,
despertar su sueño largo.

Sale Ña Pico del rancho. Viste de fuertes colores. Una mata de pelo renegrido cae sobre sus hombros. En sus manos trae una caldera tiznada y un manojo de hierbas. En la distancia, sigue clavando el aire con su ronco quejido que no cesa, el grillo insatisfecho. Aromita se aproxima a Ña Pico.

AROMITA. — ¡Ña Pico! ¿Se va tan pronto?

ÑA PICO. — Ya todo el mal ha pasado.
Irás de prisa al arroyo
para mojar unos cardos.
Les sacarás las pelusas
teniendo mucho cuidado,
y entre dos hojas de tilo
debes ponerlos, sesgados.
Luego, con lianas y mimbres
muy despacito has de atarlos
a su corazón, entonces
Aromita, habrá acabado
el dolor.

AROMITA. — —¿Y si volviera?

ÑA PICO. — Mandas las garzas al pago
y que me llamen sus gritos.
Mas... no quedarse temblando,
que cuando salga la luna
todo se habrá terminado.

AROMITA. — ¡Ya voy Ña Pico, hacia el monte
a juntar flores de cardos!

ÑA PICO. — Si cuando salga la luna,
todavía no has regresado,
no pienses más en curarla...
y planta un bosque de llanto.

Se van apagando todas las luces. Sólo se distingue el resplandor de la estrella y el angustiado quejido del grillo. Una música

diferente, quiebra el silencio de la noche. Mientras la luna incendiada se aprieta contra el vidrio, reflejando su luz entre las brasas. Se va iluminando el rincón de la abuela y los nietos.

ABUELA. — Y Aromita se fué al monte
por un camino apagado.
Buscaba luz. Era noche...
Las garzas iban volando...
Corrían lentos los minutos
afilándose en los pastos,
y la luna comenzaba
a nacer entre los álamos!
Aromita se arrodilla,
como se arrodilla el árbol,
alza los ojos y dice:

Se apaga el rincón de la abuela quedando todo en tinieblas. Sólo se vuelve a ver la estrella que titila, escuchándose la protesta del grillo.

FIN DEL CUADRO II

CUADRO III

PERSONAJES:

Aromita (la niña)
Leñador (El Loco del Viento Malo)
Pastor de estrellas
Pastor de cabras
Pastor de ovejas
Niñas

(Fondo musical: Romance Pastoril de "Dafnis y Cloe" de Ravel.)

Se ilumina nuevamente la escena del monte y el arroyo que hasta ahora habían quedado siempre en penumbra. Arboles diferentes. Senda angosta y el arroyo sereno, casi verde. La luna apenas abre. Varias estrellas tiemblan. Una está fija, inmóvil, casi humana. Aromita, recostada en el pasto como un gajo de niebla, alza los ojos a la estrella inmóvil.

AROMITA. — Estrella que me iluminas
con tu mirar afiebrado,
haz que esta noche, en el monte,
florezcan todos los cardos,
antes que encienda la luna
mi negra sombra de blanco.

Por detrás de los árboles se aproxima un viejo leñador. Grande, fuerte como una muchedumbre. De una faja roja que ciñe su cintura, sale una vaina donde brilla la punta de un cuchillo tan afilada como un grito. Lleva en la mano un hacha plateada como la luna fría que comienza a salir entre los álamos. Se acerca a Aromita con mirada extraviada, interrumpiéndola:

LEÑADOR. — Pálida fruta de brisa,
¿a quién esperas, en vano?
¡Pero pequeña, ¿qué tienes
que están tus ojos mojados

como la menuda hierba
amanecida en el campo?

AROMITA. — Leñador de altas acacias,
también tu rostro arrugado
tiene el color de la pena,
tiembla un temblor apagado...

LEÑADOR. — ¿Cómo te llamas, Alondra
de mis recuerdos amargos?
¡Cuánta miel ha recogido
tu cabello, y en tus manos
el pastor de mis ovejas
dejó diez vellones blancos!

AROMITA. — Me pusieron Aromita
porque nací en un naranjo,
y desde entonces, mi cuerpo
guarda el aroma del árbol.

LEÑADOR. — Me recuerdas a una niña
que amaneció entre mis brazos.
Era frágil como el humo,
y tenía los ojos pálidos
como el jacinto silvestre
que bebe el agua del charco.

AROMITA. — Las niñas de ojos azules,
azulan todo, mirando.

LEÑADOR. — Se llamó Luz, y en el monte
hizo de luz en mis años...
¡Qué prisa tienen las horas
felices, y qué alargados
los minutos que las siguen...
¡Pena crecida en el fango!

AROMITA. — ¿Por qué se apagó en el monte
la luz de sus tantos años?

LEÑADOR. — ¡No se apagó ¡Llegó el viento
como si fuese un lagarto,
y a latigazos de frío
partió la luz de mi campo!
¡Más de cien noches oscuras,
con el cuchillo afilado,
busqué al viento entre las ramas,
para cubrirlo de tajos!
El, me gritaba en las hojas!

AROMITA. — ¿Y pudo al fin encontrarlo?

LEÑADOR. — ¡No! Pero sé que un día inmenso,
lo atraparé entre mis brazos,
y con mis dientes furiosos,
haré un arroyo en sus labios! (Al
decir esto desenvaina el
cuchillo cortando el aire).

AROMITA. — ¡Leñador de altas acacias,
váyase lejos, que en vano
buscará al viento! Estrellita,
también te nublas de espanto?

Detrás del monte pasa un grupo de pastores. Visten trajes de mucho colorido. Uno entona una canción en una armónica. Miran hacia la niña y el leñador, comentando:

PASTOR DE OVEJAS. — ¡Mira quién va por la senda!

PASTOR DE CABRAS. — ¡El Loco del Viento Malo!

PASTOR DE OVEJAS. — ¡Huyamos antes que mire!

PASTOR DE ESTRELLAS. — ¿Te va a embrujar el ganado?
¡Y no veis que hay una niña
temblorosa como un pájaro!

PASTOR DE OVEJAS. — ¡Si no le temes al viejo
vete a salvarla. Miramos
tu heroísmo, y por las dudas
de aquí me voy alejando.
(Se aleja persignándose.)

PASTOR DE ESTRELLAS. — ¡Niña! ¡No temas, que llego!
El, no es un hombre muy malo.
(Dirigiéndose al viejo.) Váyase usted, que la brisa
está silbando en el llano,
que detrás de las acacias
el viento duerme, soñando...

LEÑADOR. — ¿Es cierto lo que me dices?
¿Oyes pequeña? ¡Me marcho!
¡Al fin lo encuentro dormido
para quebrarlo con tajos!
(Se aleja hablando solo y afilando el cuchillo contra el hacha.)

AROMITA. — ¿Quién es ese leñador,
el del mirar extraviado?

PASTOR DE ESTRELLAS. — Es un viejo que hace tiempo
se volvió loco llorando.

AROMITA. — ¿Por qué me dijo que es ciego
si ve la luz de los campos?

PASTOR DE ESTRELLAS. — En su soledad constante,
una niña hizo el milagro
de iluminarle los ojos
cuando se habían apagado...

AROMITA. — ¿En dónde viven las niñas
que conocen los milagros?

PASTOR DE ESTRELLAS. — Vivió en el monte, silvestre
como la flor del manzano,
y cuando ésta se hizo fruto,
el fruto se hizo pedazos!

AROMITA. — ¿Por qué persigue en las ramas
al viento, para matarlo?

PASTOR DE ESTRELLAS. — Porque esa noche, hasta el viento
gritó, matando a los pájaros,
y esa noche, el leñador,
ciega la Luz de su rancho,
¡juró matar a los vientos
y derribó a los manzanos!

AROMITA. — ¡Pobre Leñador enfermo!
¿sabrá rezar?... es extraño...
porque el que reza a una estrella
consigue el sueño soñado...

PASTOR DE ESTRELLAS. — Es cierto niña, a la Virgen
en una estrella le hablo...

AROMITA. — ¿Y se han cumplido tus ruegos?

Comienzan a aparecer entre los árboles, por sitios diferentes, haciendo una ronda, las niñas con sus antorchas encendidas, hasta que se juntan alrededor de un tronco detrás de Aromita y el Pastor que no las ven. Murmuran agitando y dibujando figuras en el aire con las antorchas.

PASTOR DE ESTRELLAS. — A veces. ¡muchos fallaron!
Pero qué quieres, la Virgen
tiene tantos rezos altos,
que recibe de los hombres,

de las flores, de los pájaros'

AROMITA. — Siempre le pido a esa estrella
que tiene inmóvil los labios:
"Estrella que me iluminas
con tu mirar afiebrado,
haz que esta noche, yo sueñe

PASTOR DE ESTRELLAS. — ...¡con la que siempre he soñado!

AROMITA. — ¿Cumplió la estrella tu ruego?

PASTOR DE ESTRELLAS. — ¡La Virgen ha contestado!
¡nace una luz en mis ojos
cuando te siento a mi lado!
¡Eres tú! ¡Sí! ¡Tú la niña
que la Virgen ha mandado!

AROMITA. — ¡Y tú el pastor que en las noches
mi sueño estaba soñando!

PASTOR DE ESTRELLAS. — ¡Oye Aromita, los ángeles
pueblan el cielo de cantos!
¡El monte gira en el viento
hasta teñirse de pájaros!

AROMITA. — ¡Mira el arroyo! Las aguas
y los juncos se besaron!

PASTOR DE ESTRELLAS. — ¡Y se aproxima la luna
blanca amazona en el barro,
con una rienda de estrellas
iluminando los álamos!

Se ve a la luna brillante, fría, blanca, entre los árboles. Cuando él la nombra, Aromita retrocede horrorizada, descubriéndola.

AROMITA. — ¿La luna...? ¡Vino la luna
y me olvidé de los cardos!
¡Entre sus blancas montañas,
dolor y amor se incendiaron!
(dirigiéndose al pastor) ¡Ya no te quiero! ¿Comprendes?
¡Vete de aquí! ¡De mi lado!
¡Estrella! ¡Cuánta perfidia
afilándote los labios!

PASTOR DE ESTRELLAS. — ¡Niña!... ¡Niña de mi vida!...
(arrodillándose) ¡de mis sueños no soñados!
¡Te busqué siempre! ¡Te quise!
¡Un día te sentí rezando
para que llegara pronto
este pastor de ganado!
¡Por fin te encuentro! ¡Me tienes
...y te alejas... rechazando
este amor hecho en la estrella,
junto a la luna y el cardo!

FIN DEL CUADRO III

CUADRO IV

PERSONAJES:

Niña Azul
Niña Rosa
Niña Amarilla
Aromita (la niña)

(Fondo musical: Romance Pastoril de "Dafnis y Cloe" de Ravel.)

La escena del principio. Unas brasas en el fogón, apagándose. Atardece. Apenas asoma una luna pequeña. Las tres niñas aparecen corriendo con sus antorchas, por diferentes lugares. Deteniéndose junto al fuego, miran hacia el rancho.

NIÑA ROSA. — ¡Volvió Aromita corriendo
por el sendero afilado!

NIÑA AZUL. — Llegó a la casa.... silencio...
y vió a la luna mirando
con sus pupilas redondas,
los techos negros del rancho!

NIÑA AMARILLA. — Las madre - selvas hincadas
rezaban entre los pastos...

NIÑA AZUL. — Y la retama amarilla
se volvió blanca de espanto...

NIÑA ROSA. — ¿Qué habrá sentido Aromita
cuando llegó hasta su cuarto?

NIÑA AZUL. — ¡Oigan!... silencio... no miren...
que está la brisa apretando
contra su cuerpo de niebla,
un potrillito de llanto !

NIÑA AMARILLA. — ¡No hay estrellas en el cielo!

NIÑA ROSA. — ¡Todas se han ido apagando!

NIÑA AMARILLA. — ¡Sólo ha quedado la luna
como una daga de mármol!

NIÑA AZUL. — ¡Cállense, que por la puerta
viene Aromita llorando...

Aparece Aromita por la puerta del rancho, vistiendo una túnica hasta el suelo, de un lila enfermo. Una manta de lo mismo le cubre la cabeza. Tiene la irrealidad de un sueño.

AROMITA. — ¡Ahora sé, por qué mi hermana
no tenía fe en los milagros!
Cuando corriendo del monte,
llegué a la casa, escuchando
los arpegios dolorosos
de los grillos solitarios...

NIÑA ROSA. — ¡Los grillos cantan sufriendo!
¡Los hombres lloran cantando!

AROMITA. — ...¡Cuánta fe traía en la estrella!
¡la de los picos tan pálidos!
¡la silenciosa en las tardes
amarillas del verano!

NIÑA AMARILLA. — ¡La fe se pierde en las olas
del mar sin fin de los años!

AROMITA. — ¡Cuánta fe traía en la estrella
y en la luna, que inundando
mis pisadas presurosas
iba cubriendo mis pasos!

NIÑA AZUL. — Los pasos, como los sueños,

se terminan, empezando!

AROMITA. — Cuando llegué: los postigos
paralíticos, mirando...
Tuve miedo. ¡Un miedo intenso!
¡pero entré igual en el rancho!

NIÑA AZUL. — ¡El miedo tiene un motvio!
¡Y el motivo un desengaño!

AROMITA. — Cuando en invierno, las sendas
son como arroyos nevados
sin olas y sin orillas...
¡Así la encontré... ¿soñando...?
¿soñando que era un arroyo
con sueño eterno y helado?

NIÑA AMARILLA. — ¡Cuando un arroyo se puebla
de nieve... dadle descanso...

AROMITA. — Pensé que estaba dormida.
Quise cubrirle las manos...
Si la nieve tiene frío,
¡ella estaba tiritando!

NIÑA AZUL. — ¡Hay quienes mueren sin nieve!
¡Hay quienes mueren nevando!

AROMITA. — ¡Llamé en voz alta!... Silencio...
¡Huí, corriendo hacia el campo!
¡La luna inmóvil, reía!
¡La estrella, siempre mirando!
¡Y entre sus picos de escarcha,
se fué clavando mi llanto!

NIÑA ROSA. — Cuando una estrella te mira
la pena, ¡cesa el encanto!

AROMITA. — ¡Esa es la estrella! ¡Miradla!
¡Sigue esperando el llamado
que tarde a tarde le hiciera
por si llegaba el milagro!

NIÑA AMARILLA. — ¡El milagro es imposible,
cuando hay camino marcado!

AROMITA. — ¡Pero se olvida, que anoche
mis sueños se derribaron!
¡y en una lágrima inmensa,
ahogué la luz de sus rayos!

(Aparece una estrella roja.)

NIÑA AMARILLA. — ¡La estrella!

NIÑA ROSA. — —¡Sangre!

NIÑA AZUL. — —¡La estrella!

(En el suelo se ve que una chispa de las brasas incendia unas flores de cardos.)

NIÑA AMARILLA. — ¡Los cardos!

NIÑA ROSA. — —¡Muerte!

NIÑA AZUL. — —¡Los cardos!

AROMITA. — ¡Estrella! ¡Murió tu brillo!
¡y entre las ramas del álamo
tus picos como puñales,
cubren el aire de tajos
¡Te desnudó mi gemido!
¡Y vivirás, tiritando,
con un retazo de niebla
y las espinas del cardo!

Las niñas gritan a la vez amenazando a la estrella con las antorchas y rodeando a Aromita que ha caído en el suelo como una nube enferma.

NIÑAS. — ¡Quién ha de amarte, si tienes veneno azul en los labios!

La estrella ha ido poniéndose azul y la luna parece una daga de fuego. Los demás es tinieblas. La música apagándose. Sólo se escucha nítido, angustioso, hiriente, el quejido del grillo.

FIN DEL ACTO

EPILOGO

PERSONAJES:

Abuela
Nietos

(Fondo musical: Romance Pastoril de "Dafnis y Cloe" de Ravel.)

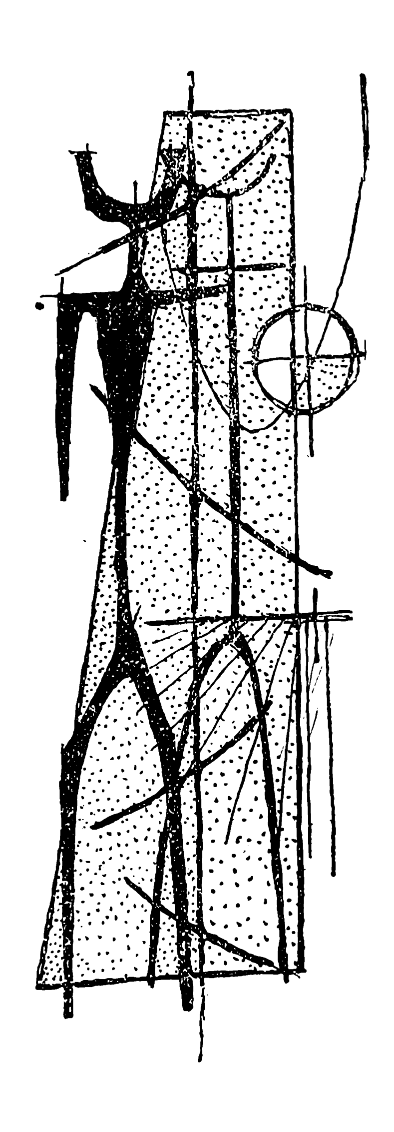
Noche de sombras. De inviolable silencio. Ni estrellas que iluminen las tinieblas. Sólo la luna, que ha quebrado los vidrios del cuarto de la abuela, se incendia con los restos de un fuego, con las brasas ardientes, rojamente apagándose. La abuela, ajena a todo, continúa leyendo. Los nietos duermen. El grillo ha enmudecido como si hubiese muerto.

ABUELA. — Cuento de luna y estrellas.
Dolor, amor y milagros.
Tropa de flores silvestres
que un viento fué destrozando.
Manantiales de ilusiones.
Niñez que cruza, volando,
como aquellas golondrinas
que van detrás del verano...
Niñez que tiene amarguras,
como en otoño, aquel árbol
que ve sus hojas tempranas,
rodar sin vida en los charcos...
Ruta igual e inevitable
de la luna, que soñando,
hace soñar a las almas
angustiadas, olvidando,
que se casó con la muerte,
hace millares de años.
Estrellas, que tan lejanas
parecen toritos blancos,

con las astas encendidas
en un viento colorado.
Cuento de luna y estrellas.
Un cuento triste y lejano...
donde el amor se hizo fruto,
y el fruto se hizo pedazos!
¡donde la risa del trébol
amanecida en el campo,
cuando aparece una estrella,
cambia la risa por llanto!
donde el amor se detiene
con el silbido de un pájaro,
y cuando llega la luna,
los dos se quedan sin canto!
Y terminó todo el cuento...
éste que es triste y lejano...
y los ojos de los niños,
bajo un influjo de encanto,
se olvidaron de Aromita,
y se durmieron... soñando...

FIN

Drama del Amanecer



DRAMA DEL AMANECER

PERSONAJES:

Figura
Sueño
Tiempo

Robles. Silencio. Soledad. Silencio.
Huye la noche. Madrugada. Estrellas.
A la orilla del lago, una figura
contemplando su sombra, se despierta.

FIGURA. — ¿Quién pone límite a esa sombra inmóvil,
a la que no he llegado ni me llega?

SUEÑO. — ¿No confundes la sombra con la muerte,
a la que alcanzarás sin poseerla?

FIGURA. — Amanece lejana... entre las nubes
que van y que no van... ¡olas sin vuelta!

SUEÑO. — Las olas van y vuelven como el día...

FIGURA. — ¡Junto a los astros de pupilas ciegas!

SUEÑO. — El mirar de los astros es radiante
iluminado y blanco de tibieza.

FIGURA. — El mirar de los astros es tan frío
que hace temblar su propia luz...

SUEÑO. — —¿Y a ella?

FIGURA. — Tiembla también... como la lluvia mansa...
esa que es tibia, enamorada, trémula...

SUEÑO. — ¿Y avanza siempre?

FIGURA. — —¡al divisarme avanza,
pero a mi lado se convierte en niebla.

SUEÑO. — ¿No será el esqueleto del silencio
que hay en las almas de los que agonizan?
¿O el contorno fugaz de los suspiros
que nacen muertos por nacer de prisa?

FIGURA. — ¿Quién abre un precipicio en su sendero
que es también desde siempre mi sendero?

SUEÑO. — El camino de todos, no es de nadie.

FIGURA. — ¡Ya ni un camino, ni mi sombra tengo!

SUEÑO. — Sólo una propiedad mantiene el hombre:
la muerte de su muerte, que es su vida.
¿Aún deseas algo más?

FIGURA. — —¿Eres un hombre?
¡Los ojos que me incendian... ¿son tus ojos?
¡Es tu palabra el viento? ¿No respondes?
¡Fantasma! ¡Cruel fantasma de mi sueño!...
...¡o de tu sueño!... (Señalando a la sombra que se refleja en el agua).

Aves inmensas vuelan temerosas
entre las verdes copas de los robles.
Gime la estrella como un ojo ciego
temblando en el abismo de la noche.
Un silencio estridente va creciendo
de la tierra a las nubes. Sólo el bosque
levanta su follaje enamorado
de un cielo oscuro, silencioso, inmóvil.
En un trecho angustioso, los guijarros
de un arroyo se pueblan de rumores,
y en su orilla de juncos, la figura
busca la sombra que en el agua corre...

SUEÑO. — Debo partir. La estrella del crepúsculo
me guiará. ¡Por fin cesó la noche!
La sangre de la aurora sobre el río...

FIGURA. — ¡Sueño! ¡Fantasma! ¡Sombra! ¡No me dejes!
¿Huyes de mí? ¿Quién estremece el aire,
maldiciendo en la brisa, la partida?
¿Por qué el llanto prendido de las luces
encandila los ojos de los hombres?
¡Fantasma! ¡Sombra! ¡Sueño! ¡No me dejes!

SUEÑO. — Tú, ya despiertas... despiertas con la luz...

FIGURA. — ¡La Luz es vida!

SUEÑO. — —¿Y tú no vives?

FIGURA. — —¡Muero!
¡A cada soplo! ¡A cada instante, muero!
¡Llévame o ven! ¡No me abandones!

SUEÑO. — —¡Mientes!
¡olvidando que mientes a tu sueño!
Aún retienes la sombra de los vivos,
la que no logra aprisionar ni el cuerpo!

FIGURA. — Entonces... ¿eres tú quien la separa
de mis brazos...? ¡Respóndeme!

SUEÑO. — —No es cierto.
Entre tus brazos y tu sombra se alza
otro fantasma que se llama ¡Tiempo!

TIEMPO. — ¿Alguien me nombra?

SUEÑO y FIGURA.— —¡Tiempo! ¡Te llamamos!
¡Te llamamos los dos a un mismo tiempo!

TIEMPO. — ¿Y quienes sois los dos si todo es uno?

FIGURA. — ¡Yo soy un hombre!

TIEMPO. — —¿Y tú?

SUEÑO. — —¡Yo soy un sueño!

TIEMPO. — A cuál queréis que escuche: ¿al que solloza
por soñar, o al que sueña que no es sueño?

FIGURA. — ¡A mí, que condenado a este martirio
llevo en mi ser la Cruz de los Infiernos!

SUEÑO. — ¡A mí, que condenaron desde siempre
a enredarme en las almas como el viento!

FIGURA. — ¡A mí, que siendo un hombre estoy sin vida!

SUEÑO. — ¡A mí, que estoy insomne siendo sueño!

TIEMPO. — Sentémonos los tres junto a las sombras
de los eternos árboles callados;
enhiestos penitentes de los bosques
que purgan el delirio de los pájaros.

FIGURA. — ¿En dónde estás? ¡Sólo tu voz percibo!
¡alta de cielos o de hundido fango!

TIEMPO. — Lo mismo da. Mi voz vive en el todo.

SUEÑO. — ¡Hazme rio en la llama de tus años!

FIGURA. — ¡Estoy cercado de fantasmas! ¡Solo!

TIEMPO. — Solo de ti. ¿Esperas el milagro
de conseguir lo que jamás pudieran
los hombres conseguir en su calvario?

Un Trueno rojo, alucinado, inmenso,
estremeció a la tierra y al espacio.
Las luces del crepúsculo se hundieron
en un cielo terrible y sin ocaso.
La lluvia loca se estrelló en la tierra,
y en el follaje se enredó un relámpago
iluminando el rostro y la figura
de un hombre de rodillas en el pasto.
¿Era una maldición? ¿Rezo? ¿Gemido?
Partiendo el monte, un aprendiz de lago
reflejaba su sombra, que la lluvia
temblaba en movimientos alargados.
¿Era una maldición? ¿Rezo? ¿Gemido?
¡Humana Cruz de Angustia! Entre sus brazos
pretendía aprisionar su propia sombra!
¡La sombra de su cuerpo y de su llanto!

FIGURA. — ¡Sueño de mi dolor! ¡Tiempo sin nombre!
¡La tormenta me incendia con su rayo!

TIEMPO. — Ponte de pie y regresa!

FIGURA. — —¡Ya no puedo
abandonar mi sombra en este lago!

SUEÑO. — Si nunca ha sido tuya... ¿por qué sueñas?

FIGURA. — ¡Porque tú hiciste que soñara en algo!

TIEMPO. — Nunca la alcanzarás.

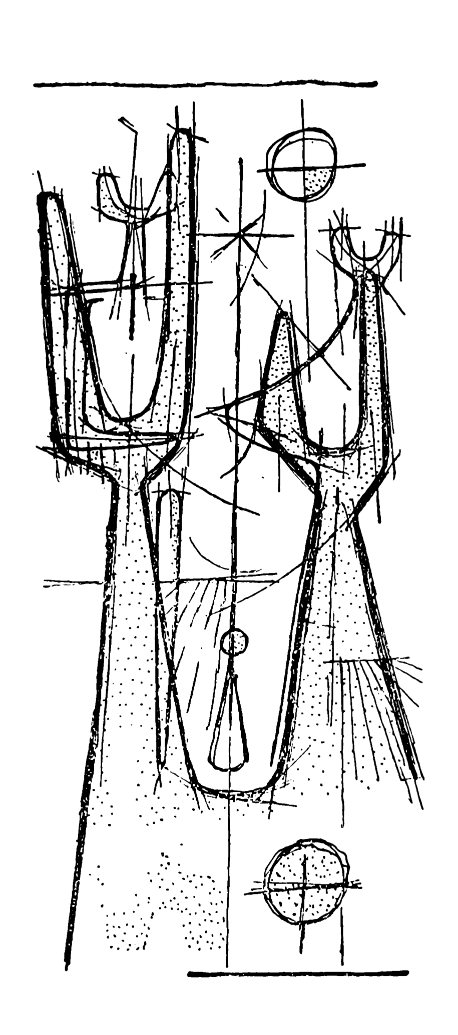
FIGURA. — —¡Ya lo veremos!

¡Y en un grito de sangre y de demencia,
el hombre busca en la corriente helada
a su sombra, la infiel que lo seduce
hasta hundirlo en el fondo de las aguas.
Solloza la tormenta y en el bosque
un ave ciega y sin canción, arranca
con su pico afilado como labios
la savia joven de las verdes ramas.

¿Y el Sueño? Ya se va... casi llorando...
le duele por que ver morir sus almas...
¿Y el Tiempo? El Tiempo no. Quieto. Quimérico.
Reclinado en el rostro de las zarzas,
contempla al mundo ciego de los hombres,
que por nacer y por vivir, se matan.

FIN

Tragedia de un sólo Sueño



Este poema ha sido premiado con la **Flor Natural** en los juegos Florales de Guayaquil, Ecuador, Octubre 1953.

TRAGEDIA DE UN SOLO SUEÑO

PERSONAJES:

Hombre - Niño
Hechicero
Padre
Madre

Un hombre - niño avanza por el monte.
Las hojas secas, de amarillas manos
enterradas y enfermas, se deshacen
al roce leve de sus pies descalzos.
Como frágiles víboras de sangre
entre el verde follaje legendario,
se deslizan los rayos ardorosos
de un sol enloquecido de verano.
Y el hombre - niño avanza entre la niebla,
absorto en la cadencia de los pájaros,
que trazan con la sombra de sus alas,
laberintos de plumas y de cantos.
Y el hombre - niño sueña... sólo sueña...
muere de sueño... vive por soñarlo...
¡Conocer el secreto de los montes
en los atardeceres solitarios!
¡El vertical silencio de los árboles!
¡La angustia inmóvil de sus cuerpos altos!
¡Y crecer un camino hasta la luna,
destruyendo el camino señalado!

....

Amanece en el río: de las nubes
desciende hasta la orilla de los pastos,
un anciano de viento que al suspiro
mancha de luz la sombra de los álamos.

HECHICERO. — Niño del Monte de los Altos Pinos.
Vagabundo del aire alucinado,
haré de ti, lo que tu sueño sueña:

¡Cruel Hechicero! ¡Príncipe! ¡Rey Mago!
Habitar la ciudad de las luciérnagas,
o ser la noche en los países blancos.
Tendrás un potro azul hecho de fuego,
para escalar el pico más nevado,
¡y de sus huellas brotarán las llamas!
¡y con sus llamas arderán los lagos!

HOMBRE-NIÑO. — Quiero vivir aquí. Lejos del ruido.
Amanecer junto con la mañana.
Que las aves aniden en mi cuerpo.
Que mis brazos florezcan como ramas.

HECHICERO. — ¿Ese es tu sueño? ¡Que te pierdes! ¡Mira
que hoy te encontré, pero tal vez mañana
este poder que todo lo consigue
querrá del todo no conseguir nada.

HOMBRE-NIÑO. — Anciano de los Altos Horizontes,
enseña tu poder con una gracia,
convirtiéndome en árbol de silencio,
quieto como la piedra abandonada.
¡Que me pueblen las aves y los vientos!
¡Que mis brazos tendidos hacia el alba
guarden en su madera endurecida,
la luz de las estrellas solitarias!

HECHICERO. — Silencio, es el sepulcro de los hombres.
Piedra, la dura frialdad del alma.
Las aves y los vientos van y vienen.
¡Y las estrellas mueren con el alba!

HOMBRE-NIÑO. — ¡Nada me asusta! ¡Déjame ser árbol,
que el dolor de ser hombre me desangra!

HECHICERO. — ¿Por qué te empeñas en hundirte vivo,
si nacerás de nuevo entre las plantas?

HOMBRE-NIÑO. — ¡Arbol que ciego, mudo, sordo, frío,
comparta el mundo dulce de la savia.
Sin agustia ni sueño, sobreviva
amontonando siglos en las ramas!

HECHICERO. — Tú serás diferente. El árbol - hombre,
lleva en su tronco la miseria humana.

HOMBRE-NIÑO. — El monte es como el mundo. Hombres y árbo-
entre sí diferentes, que se matan [les
Por la noche, en el lago he visto sauces
llorando como madres enlutadas.
He sentido la queja de los ceibos,
sacudiendo al invierno entre la escarcha,
cuando por gusto emblanquecía sus flores
como labios helados de muchachas.
Escucha ese murmullo indiferente
y altanero: es el álamo de plata
rechazando a la luz de las estrellas,
que buscan el amparo de sus ramas.

HECHICERO. — Y tus hojas serán verdes pupilas
mirando y reteniendo lo que pasa.
Tu savia será sangre. Y en tu sombra
sollozará la angustia de las almas.

HOMBRE-NIÑO. — ¡Nada me importa! ¡Déjame ser árbol!
Enseñaré a la sombra, la ventaja
de soñar, que la angustia de los sueños
no lastima a los hombres ni a las plantas.

HECHICERO. — ¡Las aves huirán de tu follaje!

HOMBRE-NIÑO. — Las llamaré en la brisa enamorada,
dándoles mi soñar para que vuelen
unidas para siempre con mi alma!

HECHICERO. — ¡Serás frágil y débil como el hombre,

y la tormenta ciega y despiadada
te arrancará del suelo!

HOMBRE-NIÑO. — —La tormenta
será mi amante fiel y enamorada,
ya que mis flores, como inmensos ojos
de hombre, la miraran y al traspasarla
se entregará! Mujer en el delirio
de querer todo lo que ya no es nada.

HECHICERO. — Has vencido. Arrodíllate desnudo.
Pon las pupilas en la tierra y alza
los brazos a la luna. Que tus piernas
se entierren cual raíces torturadas.

Junto a la sombra de intangible rostro,
una bruma de sueño se levanta,
brotando de la tierra humedecida,
un árbol nuevo de silueta extraña.
Hay un silencio oscuro y de presagios
clavado en las espinas de las zarzas,
mientras el buho de amarillos ojos,
desgarra el aire con sus negras alas.
Un árbol nuevo. Fino como un grito,
se introduce en la noche, y la desgarra!
Los astros se desbocan en galope
de potros locos y de crines blancas,
mientras el árbol, silencioso, tiembla
una sombra perenne y angustiada,
como si fuese un hombre de rodillas
sobre el sendero pálido de escarcha.
Sus hojas verdes son pupilas muertas,
rígidas de dolor, y dilatadas
como si la visión de lo vivido,
fuese la maldición de su mirada.
Es un árbol de muerte que respira
la vida de los árboles y plantas
que no quieren ni verlo, porque temen
a su contacto envenenar la savia.
Si es de muerte, ¡que muera sólo! seco!
¡sin aves y sin flores y sin ramas!

¿De dónde vino, oscuro de silencio?
¿Qué les reprocha sin decirles nada?
....
La cabaña del monte está desierta.
El leñador partió de madrugada,
antes que el sol jugase con los mimbres
y la luna muriese en la montaña.
La cabaña del monte está desierta.
La madre, enferma de llorar, al alba
partió buscando al hijo entre los pinos,
o en la corriente pérfida y helada.
Pero en lago quieto, transparente,
sólo vió los guijarros y las algas,
como brazos desnudos, abrazando
el temblor permanente de las aguas.

PADRE. — ¡Hijo de mi dolor y mi locura!
¡de mi felicidad y mi desgracia!
¿no sientes la amargura de mis gritos
que por el monte inmenso te reclaman?

MADRE — ¡Hijo de mi pasión y mi alegría!
¡El que vivió en mi seno y mis entrañas!
¿no sientes el latido de mi sangre
palpitando en las piedras y las zarzas?

HECHICERO. — Realizaste por fin, tu solo sueño!
¡árbol erguido de raíces bajas!
¡Tan cerca de la fosa y de la estrella!
¡alimentando el llanto de las almas!

HOMBRE-NIÑO. — ¿Era mi sueño inmenso este martirio
de vida eterna? ¿Elegí la amarga
condena de un infierno hecho de fuego,
helando con la lumbre de sus brasas?

En la cabaña hay gente. De regreso
la madre, enferma de temblar, desmaya...
y están en primavera. El aire es tibio.
Las flores huelen y la luz se alarga...

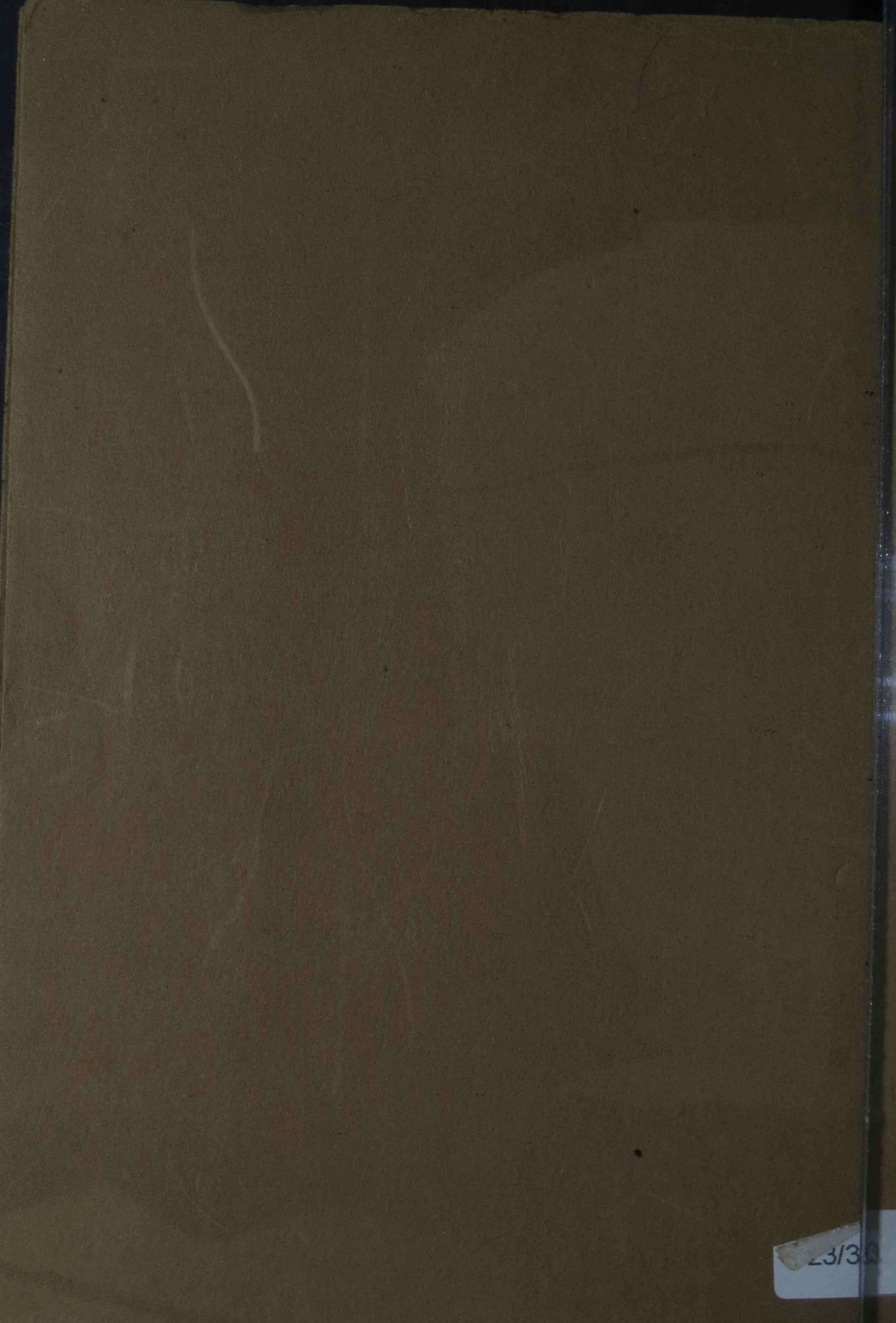
Encenderán la lumbre. El padre sale
a buscar leña. Levantando el hacha
derriba al árbol nuevo, que resiste
los fuertes golpes, como si peleara.
Hasta que al fin, vencido se desploma,
salpicando las manos y la cara
de sangre, al leñador, que enloquecido,
sigue golpeando hasta que se desangra!
Lleva los troncos jóvenes y tiernos
para encender el fuego en la cabaña,
porque la madre enferma, tiene frío...
sus manos fuertes tiemblan como lágrimas.
En su rostro, la sangre, abriendo surcos,
sobre su cuerpo anciano se desmaya.
Y los leños se aprietan encendidos.
Una extraña dulzura se derrama
por las paredes, por el aire, el suelo,
y entra como la música en el alma.
Y la madre se duerme en el silencio
de la música etérea que no acaba .
Soñando con la muerte y con la vida,
crece de nuevo al hijo en las entrañas!

FIN


INDICE

SOMBRAS SIN SUEÑO

Este libro se terminió de imprimir
el día 20 de Noviembre de 1953
por la Compañía Impresora
S.A. (CISA), Isla de
Flores 1580 bis,
Montevideo,
Uruguay


23/3